

papado en lágrimas, la pobre isleña no conseguía más que avivar el anhelo de Clive de llegar a bordo a la hora exacta.

" Tuarey, no llores, volveré, te aseguro que volveré."

Ella suspendía un momento su llanto, le miraba con sus profundos ojos ennegados. Era Clive veraz? No estaba muy segura, pero deseaba creerlo y se esforzaba en convencerse de la sinceridad de su amante.

Berkley la estrechó muy fuerte en sus brazos, la besó en la boca hasta sentirla desvanecerse de gozo. Y, de pronto, la apartó bruscamente, sus ojos azules tomaron un brillo metálico.

" Y ahora..."

" Ya?" gritó Tuarey.

Clive sacó el reloj del bolsillo de la guerrera.

" No me queda mas que un minuto."

Lo empleó en acariciarle los cabellos. Luego la besó en la frente.

" Volveré, volveré."

Se escapó entre los árboles. La mancha blanca de su uniforme relampagueaba en ^{la sombra} el verde verdosa de las palmeras.

Tuarey no se movió, Escuchaba con una especie de terror cósmico, el rumor de las pisadas en la hojarasca. Y el de los asustados cangrejos que huían a miles en busca de sus cangrejeras.

Luego los pasos resonaron en el camino, perdieronse por fin a lo lejos. Entonces Tuarey dio un gran grito y desplomó en la arena.

Un rato después mugió una sirena en el puerto y ese alarido atroz se extendió por la selva y repercutió en los valles y las montañas como el grito de agonía de un monstruo herido.

Tuarey comprendió que era el adiós del Bellersea a las islas. Clive se iba para siempre y en aquel ~~momento~~ mismo instante Tuarey sintió que iba a ser madre. Todo su ser se llenó de esperanza. Daría vida a un hijo de Clive Berkley! El rorro tendría los ojos azules y el cabello rubio como su padre. Tuarey quería que fuera cristiano. No se llamaría Tetua, poria, Muai si sino Clive. Le haría bautizar en la Misión no se llamaría Tetua, Poria, Meaui sino Clive. No creía en los dioses de sus antepasados los guerreros canibales, no acataría a esas divinidades viciosas, crueles y vengativas sino al manso Jesús rei de los cielos y la tierra como decía el misionero.

Tuarey se pasaba la mano por el vientre con ternura.

" Clive, mi pequeño Clive!"

Entretanto en el puerto de Papeete el Bellersea levaba anclas. Oficiales y marineros se ocupaban de la maniobra. Berkley no tenia tiempo de pensar en su mujercita polinesia. Sólo cuando el barco hubo atravesado en estrecho canal de acceso al mar y la marejada del Pacifico principi6 a mecerle y amachetearle. Berkley echo una ojeada a la tierra y se acord6 de Tuarey.

La isla deliciosa con sus frondas y sus jardines, las playas de coral y los claros arroyos, aquel perfume embriagador de flores y de fruta pasaron como un relampago por su imaginaci6n. Habia sido feliz en Tahiti. Tuarey era hermosa, apasionada tierna y sincera. Se entreg6 a 6l en cuerpo y alma. Pobre Tuarey!

Pero la isla retrocedia rapidamente. Pronto fu6 s6lo una masa verde y con fusa con montones de nubes en las cumbres montañosas y el espejo cada vez mäs opaco de su laguna como un trazo de lapiz fosforescente entre el mar y la tierra .

Clive Berkley sintio una suave melancolia a la que se mezclaba un sutil alivio.

* * *